

público que lo obstaculizaban y el conjunto de las comunidades que lo amparan). El conjunto de las contribuciones subrayan que la «necesidad» es el fundamento que preside todo el entramado teórico y discursivo sobre el que se legitima el contrabando entre sus protagonistas y las comunidades rayanas a modo de una actividad económica más, elevándolo así a la categoría de derecho «legítimo» frente a la imposición de una legislación estatal (dialéctica centro-periferia) que lo convierte en ilegal y lo sanciona a través de vigilancia, multas y hasta prisión (visiones contrapuestas que evidencia el trabajo de Paula Godinho, pp. 29-56). El debate sobre los significados de los discursos en torno al contrabando ha abierto, a su vez, una línea de trabajo sobre la resemantización, esto es, la pérdida de significado original de la actividad frente a la creación de una nueva interpretación, en línea con la generación de proyectos de patrimonialización (línea de investigación muy visible en las aportaciones de Luís Silva, pp. 255-288 y Luís Cunha, pp. 289-308). De cara a proyectar una nueva identidad de las comunidades de frontera que pueda atraer al turista o al aventurero, el contrabandista cada vez está más difuso en los discursos (y por tanto en la memoria) como persona que ante una necesidad perentoria de dinero o con la clara intención de mejorar el nivel de vida familiar se arriesga a llevar a cabo un comercio ilícito. Este referente se desdibuja frente a una nueva imagen repleta de connotaciones heroicas que supone reconocer las habilidades sociales del contrabandista dentro de la comunidad (era necesario ser listo, avisado, saber engañar a los guardias, tejer una tupida red social de apoyo y silencio sobre su actividad, etc.). Y aún más, el discurso, en una innegable vuelta de tuerca, la figura del contrabandista se reinventa en el ámbito político y se iguala a la de un «opositor» al régimen dictatorial en tanto que protagonista de acciones (comercio ilegal o incluso soporte para el paso de la frontera de opositores que buscaban una salida de cara al exilio) que incumplían las leyes vigentes.

Así pues, el avance en las investigaciones sobre el contrabando de los historiadores y antropólogos que participan de esta obra colectiva se revela no sólo en la búsqueda y ampliación del elenco de fuentes y razonamientos teóricos que permitan integrar dicha actividad en los diferentes contextos políticos y económicos en los que subsistió, sino que se evidencia en el análisis sistemático de las representaciones sociales de tiempos y espacios en los que el contrabando no es más que memoria en busca de actualización y, consustancialmente, de deformación.

Ana Cabana Iglesia

CARLOS GIL ANDRÉS

Piedralén. Historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil

Marcial Pons, Madrid, 2010, 408 pp.

ISBN 978-8492820-19-1

La trayectoria previa de Carlos Gil Andrés debería hacer difícil que nos sorprenda, pero cada nuevo título que publica lo consigue. Este historiador riojano dista ya de ser un autor desconocido entre sus colegas contemporaneístas. No es exagerado calificarle como uno de los grandes historiadores sociales de su generación, y resulta un inmejorable exponente de la excelente historia que se puede escribir extra muros de la Universidad, en su caso desde la brega de la enseñanza secundaria. Su producción escrita le avala. Sus primeros dos libros dedicados a la protesta popular en *La Rioja entre el fin-de-siècle y 1936*, y en particular *Echarse a la calle* (2000), suponen dos modélicos estudios desde el enfoque de una sólida historia social “desde abajo”. Con *La República en la plaza*, proporcionó una ejemplar indagación sobre un acontecimiento como los sucesos de Arnedo en 1932. Lejos del frente (2006) nos sorprendió por su hondura, tanto en la forma como en el fondo, y es sin duda uno de los mejores libros sobre la Guerra Civil española aparecidos en la pasada década. No siendo en principio un especialista en esa

guerra y sus violencias, gratas sorpresas son algunos de los artículos fundamentales que ha dedicado a ello en revistas como *Historia y política* o *Ayer*. Y cambiando la lente de aumento local por el telescopio de ámbito estatal, vuelve a asombrar por los excelentes resultados con que ha lidiado, junto a Julián Casanova, con todo un miura como era una *Historia de España en el siglo XX* (2009).

Con este *Piedralén*, vuelve a hacerlo. En cierto modo, no debería resultar extraño, porque el libro es el fruto maduro, y de alguna manera resultado natural de su trayectoria previa; muestra a un historiador social en estado puro en lo mejor de su carrera, y se construye con todas las mimbres que Carlos Gil había ido urdiendo en sus obras previas: interés por la historia “desde abajo”, notable conocimiento de las fuentes primarias, sobresaliente reflexión y maestría narrativa. Pero, aun así, llama de nuevo la atención, porque todo eso lo teje ahora con un ejercicio sugerente, innovador, y desde luego muy personal. Sugerente, innovador y personal, porque no es un texto histórico al uso; representa una apuesta que parece y se presenta como sencilla, pero que no lo es y que en realidad concentra en una sola narración varias miradas y retos diferentes.

Piedralén es, por un lado, lo que indica el subtítulo: la “historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil”. Tirando sin prisa pero sin pausa del hilo de un episodio muy concreto, la deserción de dos riojanos para no ir a la Guerra de Cuba, Gil Andrés reconstruye la historia de uno de ellos; sigue y persigue las huellas —documentales, hemerográficas, orales— dejadas en su paso por la vida por un hombre como cualquier otro; escribe la crónica de un agricultor del interior peninsular, de alguien que, de otro modo, nunca habría salido del anonimato. Ese es uno de los grandes activos y atractivos del texto, porque resulta un buen contrapunto cuando los historiadores ofrecemos tantos libros, pero por lo general tan poco atrayentes para el público no especializado, y cuando no faltan diagnósticos

sobre la ausencia del sujeto de nuestra historiografía —por ejemplo la abrumadora dedicada a la Guerra Civil.

Pero no se trata de una mera biografía, en este caso la de un simple y anónimo peatón de la Historia, ni mucho menos de un reducido ejercicio de historia localista. Ese personaje, sus peripecias y su familia son una excusa para hablar de un tiempo y un lugar. Seguir su estela sirve para presentar de otro modo, “desde abajo”, una época y unos acontecimientos como la Guerra de Cuba, la larga crisis de la Restauración, la República, la Guerra Civil y el Franquismo. El autor participa de la idea de Pío Baroja respecto de que las vidas vulgares, contadas con rigor y detalle, pueden “dar el carácter de la época” tanto como las de los hombres extraordinarios. Y en ese sentido, utiliza esta historia particular para tratar de colarse por la puerta de atrás en el mundo rural de la España de la primera mitad del siglo pasado y describirlo a partir de aquello a lo que no atienden los historiadores de la “gran” política.

Ahora bien, podría decirse que tampoco pretende ser sólo eso. Al usar ese caso de estudio, el autor aspira a algo más aparte de aportar un cuadro más o menos completo del universo cotidiano en el que vivió el protagonista, y proyectar así una imagen que pueda ser representativa del conjunto de la sociedad entre finales del siglo XIX y mediados del XX. Trata, además, de adentrarse y bucear en las costuras íntimas de esa sociedad. Busca que la experiencia personal que tuvo ese campesino riojano no sólo añada más detalles y trazos al lienzo histórico de esa época, sino que aporte nuevos ángulos y nuevas luces a cuestiones fundamentales del mismo. Muchas páginas antes de que el autor reconozca su deuda con ellos, el lector tiene ya claro que el libro tiene entre sus fuentes de inspiración a autores como Carlo Ginzburg, Le Roy Ladurie o Giovanni Levi. No parece así excesivo afirmar que este *Piedralén* podría definirse en buena medida como un ejercicio de microhistoria que se sitúa en la reconocible pero compleja estela

de esos ilustres precedentes. Desde luego, no es fácil alcanzar el listón que los mismos dejaron, y tampoco falta algún precedente entre nosotros, como el *Diario de un burgués* (2006) que firmaron Anacleto Pons y Justo Serna. Pero, como en esa tradición, todo empieza aquí con el descubrimiento de un caso anónimo, pero relevante, a partir de un documento interesante —en este caso un expediente judicial por deserción—. Como en esos títulos clásicos, se instala la cámara en los ojos del protagonista, se le trata de dar voz. Al igual que en ellos, hay cabida para una mirada antropológica que describe un mundo pasado que se ha perdido, aunque no queda en una foto fija que pierda de vista la perspectiva diacrónica. Y como en ellos, la atención se dirige en última instancia hacia las claves de bóveda de ese tiempo y esa sociedad. En realidad, el libro acaba siendo el trazo conjugado en singular de una de las grandes preguntas pendientes de la historiografía contemporánea española: el porqué de los comportamientos políticos y socialmente conservadores del interior peninsular; las raíces sociales y culturales de la reacción conservadora en esa España rural habitada fundamentalmente por “propietarios pobres” y muy pobres que, desde una óptica economicista, no tendrían por qué estar defendiendo un orden social del que eran menos beneficiarios que sufridores.

No es eso lo que preveía el autor al iniciar sus pasos. Como honestamente reconoce, lo que al comienzo parecía ser la “historia de un campesino” que se rebela contra el Estado al bajarse del tren que lo llevaba al alistamiento, llega a ser algo muy diferente: la historia de un labrador que en los años treinta está alineado con el proyecto más conservador de sociedad. Si este historiador ha dedicado tan excelentes páginas a combatir el tópico del campesino apático y desmovilizado, tampoco pierde de vista que no todo era protesta, sino también consenso y sumisión. Y ese reconocimiento del propio Carlos Gil nos conduce a lo otro que también es su libro: esta especie de biografía de un

campesino, o labrador, tiene también no poco de autobiografía del propio autor. Narrado en primera persona del singular, *Piedralén* nos lleva a través de la investigación misma del autor, con sus hallazgos, incertidumbres e hipótesis. También antes de que el autor use la expresión, el lector adivina que su obra es, como las novelas en marcha, un libro de historia en marcha. Si autores de ficción como Javier Cercas y Martínez de Pisón lo han hecho, ¿por qué no habría de intentarlo, saltando desde su barrera, un historiador? Viajamos con el protagonista a la Cuba de 1898, pero lo hacemos también con el investigador a archivos polvorientos y zaguanes donde le esperan testimonios orales. Porque viaje es el libro: un recorrido por la trayectoria, reflexiones, intereses, preguntas y respuestas de un historiador que no se esconde, sino que muestra, desnudo pero discreto, sus pasos y dudas, sus búsquedas y conjeturas, sus sorpresas y desazones, sus hallazgos y la falta de los mismos. No es mero exhibicionismo o recurso narrativo, sino que tras ello hay toda una reflexión sobre el papel del historiador en la transmisión de la historia, en cómo llegar a los lectores, y en la propia producción del relato histórico. Aunque solo fuera por eso, aunque la historia no cautivara al lector ni su narración tuviera tan bella factura, lo anterior haría ya de este libro una lectura bienvenida.

Los historiadores solemos ser pésimos oráculos cuando profetizamos sobre el curso futuro no sólo de la historia, sino incluso de la historiografía. Por eso, tal vez me equivoque al afirmar que es probable que el resultado de este espléndido libro anime en las próximas fechas apuestas por formatos semejantes. La tentación será poderosa, porque desde ahora ya no contamos únicamente con ejemplos de tanto lustre como los de los grandes microhistoriadores; tenemos también, y ha funcionado muy bien, uno mucho más cercano, aplicado a la España del primer siglo XX y firmado por un joven historiador riojano que es profesor de enseñanzas medias. Bienvenidos sean esos ejercicios;

no sólo pueden abrir nuevos campos y miradas de estudio, sino asimismo nuevos segmentos de lectores. Pero se impone un aviso para navegantes. Aunque en la forma de este libro parezca un ejercicio sencillo, está muy lejos de serlo. El manual de instrucciones es complejo y el éxito no está ni mucho menos asegurado. Resulta una apuesta arriesgada y, al salirse de las sendas más desbrozadas en nuestro gremio, existe el considerable peligro de perder el camino y no llegar a ninguna parte. Arribar a buen puerto y, como aquí se hace, trazar una nueva ruta, exige contar con un buen caso de estudio, pues no todos lo son. Y requiere una buena brújula y llevar las alforjas bien nutridas de conocimiento de las fuentes, lecturas, imaginación y reflexión, que es justamente lo que, aunque de modo discreto y sin aspavientos, exhibe este modesto pero hermoso libro, esta pequeña gran historia.

José Luis Ledesma

ABDÓN MATEOS (ed.),

¡Ay de los vencidos! El exilio y los países de acogida,

Editoria Eneida, Madrid 2009, 292 pp., ISBN: 978-84-92491-15-5.

DOLORES PLA (coord.),

Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina

SEGOB- Instituto Nacional de Migración. Centro de Estudios Migratorios/Instituto Nacional de Antropología e Historia/DGE Ediciones, México D.F 2007, 643 pp., ISBN: 978-968-5011-95-2

La temática del exilio republicano no pierde interés historiográfico, a pesar del considerable número de trabajos sobre el particular que se han venido elaborando desde hace años. Buena prueba de ello es la publicación de las dos obras colectivas, *Pan, trabajo y hogar* y *¡Ay de los vencidos!*, dirigidas por Dolores Pla y Abdón Mateos respectivamente. Ambos estudios reúnen las colaboraciones de expertos en la materia

que, en su mayoría, llevan décadas trabajando en la investigación sobre el exilio, centrando su mirada en un país o en una zona geográfica y, en algunos casos, en aspectos muy concretos de la problemática vinculada a la emigración política, como la dimensión intelectual y su aportación en términos económicos o profesionales en los distintos países de asentamiento.

Sin embargo, a pesar de las similitudes de los libros que presentamos aquí, escritos con una corta diferencia en el tiempo –*Pan, trabajo y hogar* se editó en 2007, mientras que *¡Ay de los vencidos!* lleva fecha de publicación de 2009–, y a pesar de que el planteamiento de ambos es en algunos aspectos similar, existen algunas diferencias importantes entre ambos que dotan de una personalidad propia a cada una de las dos investigaciones colectivas. Por lo que respecta a la temática, el libro de Dolores Pla se circunscribe, como su subtítulo indica, al exilio en América Latina, mientras que el dirigido por Abdón Mateos se ocupa de un espectro de dispersión más amplio con dos capítulos sobre Francia, capítulos sobre el exilio en el Norte de África y la Unión Soviética y cinco capítulos sobre otros tantos países americanos, receptores de refugiados españoles. Y así, mientras *Pan, trabajo y hogar* pretende acercarse a una perspectiva global de la situación que vivió el exilio político español en cada uno de los países que analiza, *¡Ay de los vencidos!* no intenta abarcar en cada estudio una visión generalista de la cuestión, sino que centra su interés en aspectos parciales, generalmente relacionados con las políticas que los Estados asumieron respecto a la llegada de refugiados, las relaciones entre las propias instituciones republicanas españolas y la actitud de las sociedades receptoras. Dolores Pla, por el contrario, tiene una vocación más globalizadora en el análisis y para contemplar esta línea demandó a los autores la cobertura de una serie de aspectos básicos. Casi todos son puntos tradicionalmente abordados por las investigaciones, como la actitud de los gobiernos y las sociedades receptoras ante la Guerra